

**LUCÍA NUMER
BELLOMI**

*Adiós
cachorra*

La novela

Lucía Numer Bellomi

Adios cachorra

La novela



1

A WOMAN LEFT LONELY

*A woman left lonely will soon
grow tired of waiting.
she'll do crazy things.
yeah. on lonely occasions.*

—Janis Joplin

Estalla una taza de café en el piso de la cocina.

—Pero la gran siete, ¿puedo ser más torpe? No llegué ni a apoyar bien una taza de café en la mesada. ¿Tan difícil era apoyar bien una taza en la mesada, Ava? ¡Madre mía! Salí, Chufy, no chupes el piso, te vas a lastimar. ¡Afuera, Chufy! ¡Vaya para allá!

Ava se despertó en su departamento de Sídney después de un día terrible, no viene bien hace un tiempo. Después de separarse de Fred, su vida se transformó en un caos.

La ruptura fue de esas que son dolorosas de escuchar, de esas en las que mientras te la cuentan se te pasadeuvea el corazón,

que no querías que te pase jamás, bueno... esas. Te hago un microrresumen, porque la historia de ellos no afecta en nada a todo lo que te voy a contar en el resto del libro. Ava y Fred estaban viviendo juntos, buscando una casa para comprar y empezar toda su vida de pareja idílica, prácticamente salida de una película de Hallmark. Tenían a su perrita Chufy que amaban con locura, se habían hecho tatuajes de pingüinos chiquititos en la parte interna del brazo simbolizando el amor eterno, ya sabían los nombres de sus hijos, viajaban, jugaban, se acompañaban y se divertían. Un buen día, mientras estaba en el trabajo, a Ava le llegó un mensaje de una tal Emily, con fotos de ella y Fred de viaje, ella y Fred en el velero que tanto habían ahorrado junto a Ava para comprarse, de ellos dos paseando a Chufy y una foto de Fred durmiendo en su propio cuarto, en SU cama, con Emily al lado sacándose una *selfie*.

Estamos en una relación hace más de un año, decía el mensaje que acompañaba las fotos de su novio, con una desconocida a la que aparentemente él le tenía mucho cariño.

A Ava se le vino el mundo abajo, pero su practicidad no suele permitirle ponerse a sufrir demasiado y mucho menos empezar a revolcarse en los detalles de los hechos como un chanchito en el lodo. Ella tiene que salir rápidamente de las situaciones incómodas.

Entonces lo que hizo fue tomar cartas en el asunto. Decidió no responderle a la amante de su pareja porque, ¿para qué andar perdiendo el tiempo con ella? Al cabo que tampoco es que se va a hacer amiga, ni la va a aleccionar sobre lo horrible que es ser amante, sabiendo que hay otra persona del otro lado que no está eligiendo nada de lo que le está pasando. Y mucho menos iba a explicarle que si Fred se lo hizo a ella, también se lo va a hacer a su amante quien eventualmente devendrá en novia, que luego procederá a ser engañada.

Llegó a su casa y con la frialdad de Tronchatoro le dijo a su YA exnovio:

—Juntá todo y andate, ya sé lo de Emily, no me hables, no me dirijas la palabra. Retirate, para siempre.

—Es mi casa. Te vas a tener que ir vos —respondió Fred con cara de póker.

Ava agarró un vaso que había apoyado arriba de la mesada, lo tiró con fuerza contra una pared y miró los pedazos volar por los aires. Tomó una bocanada de aire, sonrió, e inclinando la cabeza y con ojos fríos le dijo:

—Mejor, esta casa siempre me pareció incomodísima. Hacedme vos las valijas y mandámelas a lo de mamá. Me voy.

—¿YO hacer TUS valijas?

—No se te OCURRA dudar de lo que te estoy pidiendo, me llegás a debatir este pedido, y me voy a ocupar de que tu vida sea una miseria, TODA tu vida una mi-se-ria. Vos sabés bien que me puedo ocupar de eso y que no descanso hasta lograr mis objetivos.

—Ok, Ava, mañana mando todo a lo de tu mamá.

La frialdad de Fred noqueó a Ava. En ningún momento mostró una pizca de arrepentimiento. Cinco horas antes habían estado mirando canillas para su futura casa y ahora estaban hablando de su vida paralela como si fuera un tema que había estado siempre sobre la mesa. Fue tan natural, que resultaba inverosímil.

A pesar de lo devastador de todo esto, Ava negó su tristeza, eligió no sufrir desmedidamente y siguió con su vida.

Se fue a lo de su mamá por unas semanas, buscó un departamento, encontró algo que le gustó a pesar de que quedaba bastante lejos de su trabajo y al mes ya estaba mudada.

A veces negar parece un buen mecanismo para no sufrir, pero ¿a qué costo? Cuando te ponés en modo “negadora” (que

es MUY diferente a “negativa”), no solo estás evitando sentir lo que te va a hacer sufrir, sino que además evitás hacer cualquier cosa que te conecte con tus deseos y con tu sensibilidad. Así te vas transformando poco a poco en una especie de robot, que no siente, no percibe, no se relaciona. El problema es que no somos robots, y todo eso que estás bloqueando sale después en otra forma. Y te enfermás, o te ponés irritable, peleadora, intolerante con vos y con el resto, uf... tantas cosas nos pasan por negar...

Y si no me creés, mirá lo que le pasa a Ava cuando se le rompe una miserable tacita un primero de marzo en su departamento de Bondi Beach...

Ava mira el piso lleno de café y pedazos de taza, de ESA taza donde su café se siente tal y como ella ama. De ESA taza que le genera allllllgo de felicidad cuando empieza el día. Ahí está ella, su única alegría matinal, tirada y destrozada en el piso.

Con un trapo en la mano y sin encontrar una caja donde poner los restos, se paraliza.

—¿Y ahora de dónde me agarro a la mañana? Ya ni mi taza maravillosa tengo. En serio, ya no doy más. Me cansé de ponerle onda a todo. Estoy podrida —dice haciendo una torpe maniobra, pasando de las ágiles cuclillas a desplomarse en el piso y a llenar su *short* de café—. Hago constelaciones, terapia, *tapping*, me compro los cursos del autoamor, todos los que vendan me los compro, medito. Qué sé yo. Me pudrí.

Decime bien cómo te sentís, Ava. Les quiero contar a las lectoras.

—¿Querés saber cómo me siento? Me siento así. —Levanta las dos manos y cada palabra que dice la cuenta con un dedo diferente como quien enumera los ingredientes de una receta—. SOLA, miserable, inútil, poco valiosa, poco atractiva, siento que no tengo ganas de hacer nada nunca, no sé, creo que estoy medio deprimida. Bueno, capaz estoy deprimida del todo.

Gracias, Ava. Lo lamento muchísimo por vos. Pero no te preocupes porque NO ESTÁS SOLA.

—Gracias. Pero es que no sé cómo sentirme mejor... Pará, ¿quién sos vos? ¿Por qué le estoy hablando a una voz del más allá? —dice frunciendo el ceño, mirando para arriba y moviendo la cabeza de un lado a otro intentando encontrar a “la voz del más allá”.

Ah, hola, Ava, yo soy Rita y estoy contando una historia. Bah, estoy escribiendo un libro y vos sos una de las protagonistas.

—¿Un libro? —aúlla Ava—. ¿Yo estoy en un libro? No sé por dónde empezar a hacerte preguntas... ¿De dónde sos? ¿Por qué hablás en castellano? Y mucho, pero mucho más importante, ¿POR QUÉ HABLO YO EN CASTELLANO? —grita Ava agarrándose la cabeza—. ¿Qué está pasando?

Ava se toca el pecho; sus ojos desorbitados no entienden si se está volviendo loca o si hay alguien escondido atrás de una pared.

No te estás volviendo loca, Ava... Soy argentina, de ahí el castellano. Sos un personaje de un libro, pero para mí sos muy real, porque sos una parte de mí.

—¿Cómo es que soy una parte tuya? Yo soy yo. Soy entera, no soy una parte. ¿Qué decís?

Claro, sos una parte de mi personalidad. Sos un rasgo de mí que estoy transformando en un personaje.

Ava y yo tuvimos una extensa conversación sobre este libro, sobre ella. Pasó momentos de crisis, llantos y enojos. Ya nos entendimos. Pero te cuento lo que pasa después.

Ava empieza a levantar los pedazos de taza y los va poniendo no tan meticulosamente en un plato. Después empieza a limpiar el piso con un trapo húmedo. Mientras repasa, va levantando una mezcla de pelos de perro, pelos de ella, migas y, bueno, café. Una mezcla realmente desagradable.

“¿Hace cuánto que no limpio bien este piso? Qué asco. Soy una dejada. Y ahora que estoy agachada y con ojotas, me doy cuenta de que los pelos de los dedos de mis pies están increíblemente largos, casi que puedo hacer una trenza cosida con ellos”, piensa Ava inclinando la cabeza para ver mejor sus pelos de los dedos de los pies. De golpe un pensamiento interrumpe su innecesaria observación: recordó una cosa que le dije antes de descubrir que era el personaje de un libro.

—Eu, Rita, pará, me habías dicho que no estaba sola. JA.

Se ríe de forma burlona.

Y les advierto que cuando Ava descubre algo que le molesta, da un discurso en el que convence hasta a las personas más escépticas.

Corriéndose el pelo de la cara con la muñeca y revoleando el trapo sucio como un juez con su martillo, empieza su alegato:

—Sí que estoy sola, Rita. Tengo treinta años, mis amigas están todas en pareja o casadas haciendo su vida, teniendo con quién compartir un domingo, o simplemente alguien que les desordene un poco la casa. Yo voy a salir de acá y cuando vuelva, si no termino de limpiar, esta taza que está en el piso va a seguir tirada ahí con el café seco lleno de moscas. No me vengas a mí con que no estoy sola. Tengo un trabajo que no me hace muy feliz, a mi perra Chufy con quien ya estamos teniendo una relación cuestionable, y todas las verduras se me pudren porque no llego a comerlas o no llego a cortarlas o en realidad no me dan ganas de lavar y cortar verdura para mí sola. —Ava toma una bocanada de aire y sigue hablando a la velocidad de la luz todavía revoleando el trapo—. Le hablo más a mi perra que a cualquier persona de mi entorno, como si me entendiera. Pobre Chufy. Terminó de hablarle y le regalo un bocadito, es el único motivo por el cual puedo obtener su atención. Si no, ni ella me escucha... Pará, ¿sabés qué es

lo peor? Que los últimos tres años de soltería fueron imposibles. Tengo citas y después nadie me vuelve a escribir. ¿Cómo creés que me hace sentir eso? Bueno, todo lo que enumeré, pero peor.

Anoche encima salí con uno de Tinder, que tampoco es que me atraía tanto, pero LE PUSE ONDA, y cuando terminó la cita me dijo: “No me gusta hacer *ghosting*, así que prefiero decirte que esto no se va a volver a repetir”. No supe si agradecer la honestidad o pegarle un cachetazo por ingrato. “A mí lo que no me gusta es tu olor a arroz con huevo y salchichas, no te dije nada porque me quise hacer la señorita, pero ahora que me decís esto me sentí libre de manifestar la horrible experiencia olfativa por la que me hiciste pasar durante toda la cita”, le dije.

Me di vuelta y me fui. Y sí, obvio que lloré. No por él y su hedor, lloré por lo desgraciada que me sentí. Lloré por todos los intentos fallidos de conocer a alguien que tuve en estos últimos tres años. Lloré porque no entiendo qué problema tengo que nadie quiere volver a salir conmigo. Y sí, también lloré sola en la calle como la gente de las películas en las que la protagonista llora sola en la calle y de fondo suena una música de llanto. Bueno, igual, pero sin música y sin *brushing* en el pelo.

Y vos me dirás: “Bueno, Ava, tampoco es que estar soltera es el fin del mundo”, y no, no lo es. Pero no tengo más ganas de no tener pareja. Quiero estar en pareja, y eso no me hace menos independiente, ni menos feminista, ni menos fuerte.

Tira el trapo al piso, se olvida de que tiene las manos llenas de jugo de trapo y las usa para correrse el pelo. Se da cuenta de lo que hizo, pone cara de asco, se seca las manos en el *short* que usa para dormir y sigue:

—No me juzgues las ganas que tengo de estar en pareja, te lo pido por favor. Ya bastante tengo con mis amigas cuando me dicen: “Ay, disfrutá de estar soltera, qué divertido”. Disfrutá

VOS de estar soltera, amiga, separate si tan divertido te parece, no parás de quejarte de tu marido. Abrite Tinder, amiga, y salí con uno que tiene olor a arroz, huevo y salchichas hervidas que en una cocina suena rico, pero en un humano es realmente desagradable, para que encima te rechace.

Me reconozco mucho en eso que decís, Ava. ¿Y vos, lectora?

—Qué bueno que te reconozcas. Hola, lectora. ¿Ahora me dejás seguir, Rita? —dice Ava—. No tengo ganas de estar soltera, dejá que me queje de la soltería en paz. Parece que de lo único que nos podemos quejar es del trabajo, los hijos, la plata, los maridos. AH, pero de estar soltera NOOOO, no porque te hace menos empoderada, menos libre, menos independiente. ¡Dejame vivir. Andá a quejarte vos de tus cosas y yo me quejo de las mías!

Hace un suspiro de hartazgo, mira alrededor buscando el trazo, se para y mientras ordena compulsivamente, algo que solo hace cuando está enojada, sigue:

—Ok, Rita, vuelvo a contarte de la cita. Cuando llegué a casa me miré al espejo en el ascensor, e hice una mueca con la boca para mirarme los dientes: tenía unas cuantas cosas negras entre las paletas. Y en la cita solo había comido unas papitas junto con la cerveza, unas papitas, ¿sabés desde cuándo tenía las cosas negras? Desde las ocho de la mañana cuando me quise hacer la *healthy* y desayuné un *pudding* de chía... Estuve toda la cita así, con dientes de chía. O sea que le critiqué su olor a salchicha con mis dientes de chía al descubierto. Ahí fue cuando me recibí de abandonada, hice un PHD en dejadez, pues ni los dientes me lavé antes de la cita. ¿Entendés que no me había ni lavado los dientes?

Ava está premenstrual, cuando Ava está premenstrual se pone ácida, picante y peleadora. Pero un poco de razón tiene, ¿no te parece?

Ok, Ava, no te juzgamos. Tenés razón, quejate todo lo que quieras.

Deja el trapo hecho un bollo arriba de la mesada, mira algunos restos de taza que todavía quedan en el piso, intenta agacharse para seguir limpiando, pero desiste porque le resulta demasiado esfuerzo.

—Ya está, esta escena quedará así hasta que yo me vuelva a dignar a limpiar —dice Ava observando desde arriba, bien eriguida, con la pera en alto y con aires de absoluta dignidad, casi como un prócer posando junto a su caballo. Se vuelve a olvidar de que tiene las manos llenas de jugo de trapo y las usa para correrse el pelo, que para este entonces ya casi es un trapo más. Se da cuenta de que lo volvió a hacer y se indigna, pone cara de asco y bronca, se seca las manos en el *short* que usa para dormir y se va a la cama que no está hecha.

Pone una serie malísima que ya vio mil veces, pero que le da confort.

—Uh, tengo que pasear a Chufy —se queja en voz alta.

Bueno, decide salir. Le vibra el teléfono. “Mamá”. Atiende.

—Ma.

—Hola, Aví, ¿cómo estás hoy?

—Mal.

—Para variar... Ay, Aví, con tu hermana estamos preocupadas. Estás mal hace mucho tiempo. Apenas te separaste de Fred tuviste muy buenos momentos, salías, te juntabas con amigos. Viajabas. ¿Qué pasa que ya no ves a tus amigas?

—Están todas casadas, mamá. No salen nunca.

—¿Y el trabajo?

—Aburrido.

—Pero es un muy buen trabajo, ser gerente de un restaurante de los “50 best” es muy bueno, seguro conocés a mucha gente

nueva. Usás el francés y el alemán que tanto te dedicaste a aprender. Probás cosas nuevas, estás rodeada de aromas e inspiración.

—No conozco a nadie porque me la paso manejando al personal que me odia porque soy estricta y exigente. Ya no tengo contacto con los clientes. Ayer entró uno que se parecía a Harry Styles y cuando estaba por acercarme apareció el encargado de caja para decirme que se había caído el sistema. HARRY STYLES, MAMÁ, ME LO PERDÍ. Y ASÍ ME PIERDO A TODOS LOS QUE ENTRAN.

—Ok, entonces tu vida es una miseria a pesar de tener un gran trabajo, tener buena salud y una familia que te quiere.

—Sí, no me lo digas de forma irónica porque es lo que siento.

—Bueno, hija, es que estás depositando todo en estar en pareja. No te crie así. Siempre fuiste tan independiente y libre. ¿Por qué no volvés a clases de canto?

—Porque me aburre. Y nunca voy a llegar a cantar como Janis Joplin. Desistí de intentarlo cuando mi profesor me dijo que lo máximo a lo que puedo aspirar es a cantar como Britney, pero con Auto Tune. Qué deprimente. Y dejé de meterme presión con la libertad, soy autosuficiente e independiente, solo que tengo ganas de compartir mi vida con alguien, no quiero que me venga a rescatar un príncipe azul, ni que venga nadie a completarme, solo quiero un compañero. ¿Tamos?

—¿Qué es autotiún?

—Nada, no importa.

—Ok. ¿Venís mañana a comer a casa?

—No puedo, me voy a un bar con todas mis amigas. Ah no, cierto que están ocupadas pensando en procrear mientras yo mato plantas de interior.

—Bueno, aflojale al diálogo del horror. Te espero mañana con un buen *meatloaf* y a Chufy con un hueso.

—No le des huesos que después vomita y lo tengo que limpiar y ahí me enfrento con que nunca limpio el piso y se me arma una bola de malestar.

—Qué pesada, dale, nos vemos mañana.

“Bueno al menos mamá me va a hacer *meatloaf* mañana. Una buena”, piensa Ava.

—Dale, Chufy, vamos, volvamos a nuestra casa silenciosa donde nada se ha movido a mirar una serie que a nadie más le interesa y a comer cosas que salen de bolsas de plástico, aunque en realidad quiero ser de esas personas que salen a correr cuando están mal, no comen ultraprocesados y son *zero waste*.

“Buenísimo, ahora le hablo a mi perro en voz alta y en público. Esto está llegando a extremos preocupantes”, piensa Ava, y se dedica el resto del día a hacer lo que ya le había dicho a su perra que iba a hacer: serie que atrofia el cerebro, cama y papitas de paquete. Y ese domingo va a comer a lo de la mamá. Veamos cómo le fue.

—¿Querés que te cuente como fue la comida en lo de mamá? Ok, Rita, pero recordá que estoy premenstrual. Acá va:

Mamá: Apagá ese cigarrillo.

Yo: ¿Querés que salga a correr también?

Hermana: Estás llevándote a una muerte lenta.

Yo: Vos estás muerta en vida. Tu vida es lo más aburrido que vi, toda casada con tu noviecita de la secundaria, dos hijitas, comés solo frutas y verduras crudas y trabajás en el mismo lugar de siempre. Dios mío, ¿hace mucho calor o soy yo? Es marzo, no debería estar tan caluroso.

Hermana: ¿Te miraste al espejo, Ava? Tenés la remera manchada de tres comidas distintas. Te la pasás fumando, tu casa es un caos, no lavás la ropa desde 1983 y no vas al dentista desde

que te dejó el boludo de Fred. Estabilidad se llama lo mío. No te vendría nada mal un poquito.

Yo: Me voy a París (tomá pavó y tu vidita estable).

Hermana y mamá: ¡¿Qué?!

Yo: Que me voy a París, dije. Mañana. Tengo mil días de vacaciones porque hace tres años que no me tomo. Chau, me tengo que ir a hacer las valijas. Ma, cuidame a Chufy (que la quiere más a ella que a mí, pero prefiero no pensar en eso ahora porque ni mi perra me quiere) y poneme un poco de *meatloaf* en una bolsa, gracias. Dejá, yo me pongo el *meatloaf* en la bolsa.

Así que así me fue en lo de mamá. Y ahora me tengo que ir a París.

No hacía falta que hagas lo del *meatloaf* ni que critiques a tu hermana, Ava. Pero es una buena decisión irte a París.

—Dejá de juzgarme, Rita.

No te juzgo. Estás un poquito hormonal me parece.

—Nunca me digas que estoy hormonal cuando estoy hormonal, me pone muy, MUY nerviosa —dice sin separar los dientes y con los ojos prácticamente prendidos fuego.



Ava llega al aeropuerto de Barajas para hacer la conexión e irse finalmente a París, la ciudad del amor. Mientras espera, ve a una chica rubia, alta, de unos veinticinco años, peinada con un rodete bajo agarrado por un moño gigante y una perfecta raya al costado. Tiene puesto un pantalón azul tiro alto, sastrero de patas anchas y tela maravillosamente pesada, parece hecho a medida. Saliendo de la pata ancha se puede ver la punta de sus botas de una gamuza suave e impecable, arriba una remera es-

cote redondo de algodón Pima rayada azul y blanca, metida en el pantalón, y apoyada en los hombros una chaqueta blanca de *tweed* tipo Chanel, bueno, tal vez es Chanel auténtico. La mira fijo y con un poco de odio/envidia.

“Pf, la típica perfectita que tiene su vida armada con su casa en las afueras, un perro que no larga pelo y que si lo larga, su aspiradora robot autolimpiante se ocupa de aspirarlos. Su pareja que la sostiene económica y emocionalmente. Te odio, niña rubia. Odio tu ropa perfecta y limpia, y tu pelo peinado con ese moño que solo a las de tu calaña les queda *sexy*, el resto de las mortales parece que nos confundimos de edad y estamos peñadas para ir al colegio. Odio que te haya salido todo tal como deseabas y odio que ya tengas tu futuro asegurado”, piensa Ava mientras se mete indiscriminadamente puñados de chips con sabor a *bacon* en la boca.